

CONCLUSIÓN

Notas alimentarias:

Los prolegómenos de un discurso eucarístico

Como señalé en este libro, primero compartí el mole hecho con la receta de doña Soledad entre mis amistades en la Ciudad de México en una fiesta de despedida antes de irme a Cambridge para comenzar a escribir mi tesis. A lo largo de la escritura de este libro, desde los inicios hasta el final, este tradicional platillo mexicano nutrió mi imaginación y fue fuente de inspiración para articular lo que he llamado teología alimentaria. Por lo tanto, así como inicié este libro con una probada de lo que es el *molli*, considero que es igualmente apropiado cerrar también con otra probada de *molli* —“alimento para la reflexión”— mencionando los cuatro puntos principales que traen sugerentes conclusiones a colación.

Primero, hay un aspecto de “performatividad” o realización que evoca con gran fuerza la elaboración del *molli*. Se aprende a hacer *molli* a través de materializarlo siguiendo la receta: desde reunir los ingredientes hasta preparar, moler, cocinar y comer el platillo. Las historias barrocas del *molli* también surgen de la “acción” en las cocinas de Sor Andrea de la Asunción y de Fray Pascual Bailón. Se trata de un proceso de preparación anticipado en los antiguos orígenes prehispánicos del *molli*, que posteriormente se hibridizó con la cocina barroca intercontinental. El proceso de escribir este libro sobre cuestiones alimentarias también me ha colocado a mí dentro del territorio de esta escenificación. No me bastó con sumergirme en el material interdisciplinario que rodea a este complejo tema de la alimentación; en ese momento de mi vida también procuré abordar todas las comidas que comí, y —sobre todo— todas las comidas que yo mismo preparé —por lo general, para comunidades de dominicos, amistades y familia— como campo de investigación para este estudio.

El proceso de escritura de este libro es análogo al proceso de hacer *molli*: un discernimiento de ingredientes superpuestos y la búsqueda de procesos

alquímicos que generen una forma de nutrimento personal, y —espero— colectivo también. En este proceso, aprendí que la teología es, de hecho, un arte que se aprende en la práctica misma de hacerla. Cocinar e investigar se fusionaron con otras acciones que igualmente informan mis argumentos teológicos. Algunas de estas acciones incluyen las oraciones diarias en las liturgias colectivas, el comulgar cotidiano en el banquete eucarístico, el dirigir reflexiones en grupo sobre temas interrelacionados que tienen que ver con la alimentación y la teología, y el participar en diálogos sobre temas relacionados con cuestiones alimentarias con diferentes personas, cada una con su propia historia.

En esta teología alimentaria performativa, hay un proceso de digestión, que es una forma de interpretación y de discernimiento hermenéutico. La teología siempre realiza una “hermenéutica” alimentaria. En este proceso hermenéutico, los teólogos experimentan una transformación a partir de lo que “ingieren”. Algunos de estos signos comestibles ya son provistos por el contexto específico del teólogo: la cultura en la que vive, el idioma que habla, su doctrina, sus tradiciones. Esta ingesta teológica también se nutre con el constante proceso de escuchar, observar, y permitir que la imaginación y la inspiración nos guíen. De ahí la analogía general entre la teología y la alimentación: los alimentos se vuelven parte de nuestro cuerpo, así como las acciones y contextos se vuelven parte del cuerpo de la práctica teológica. Sin embargo, el teólogo o la teóloga se puede volver también agente tanto de su transformación personal como de la realización de prácticas colectivas. Aquí también encontramos una analogía entre el *molli* y la teología, lo cual trae a colación que el principal propósito de hacer *molli* es compartir y transformar el espacio y el tiempo en “festividad”, al igual que el principal propósito de la teología es ser compartida entre comunidades, para saciar diferentes tipos de hambre y así recuperar el sentido del banquete colectivo (humano-divino). Por lo tanto, como una primera conclusión deseo reiterar la relevancia que tiene reconocer que la teología, en general, y la teología alimentaria, en particular, se aprende mejor en el proceso mismo de elaborarla y compartirla, en medio de una acción que ya es —de por sí— un híbrido de muchas otras acciones y prácticas. En este contexto, la acción se relaciona íntimamente con la contemplación, al igual que la palabra y el silencio se constituyen el uno al otro.

Un segundo punto que deseo enfatizar es el hecho de que el proceso de escribir este libro me llevó a adentrarme en el mundo de la cocina, en general, y de la preparación del *molli*, en particular. Cocinar tiene que ver con transformar los ingredientes en platillos preparados con el propósito de nutrir y provocar —así se espera— deleite para el cuerpo y el alma. El acto de coci-

nar traduce signos culinarios, como las recetas, las tradiciones y las sustancias, y los presenta en una forma alimentaria transfigurada.¹ La cocina también tiene que ver con crear mezclas alquímicas entre ingredientes, tradiciones, pueblos, tiempo y espacio. La teología es análoga a la cocina en tanto que nos coloca en medio de una compleja mezcla de ingredientes, como tradiciones, doctrinas, creencias, experiencias personales y colectivas de compartir, y el espacio intermedio existente entre la humanidad y Dios. En el capítulo 3, comenté que se trata del espacio de “intermediación” al que William Desmond llama “lo metaxógico”, una noción que reverbera con *El banquete* de Platón, que se desarrolla precisamente en el contexto de un banquete, o más bien de reflexiones sobre la satisfacción de los deseos que se dan en el convivio que sigue al banquete. La teología, como la cocina y la preparación del *molli*, es una escenificación del *metaxu* en el cual Dios y la humanidad fusionan sus deseos sin anular sus diferencias.

Así, la teología —y aquí le llamo “teología alimentaria”— tiene que ver con la mezcla de muchos ingredientes y signos de transformación con el propósito de crear un producto que nutra, el cual se espera pueda también producir deleite. Como la cocina, y como la elaboración del *molli*, la teología debe ser una elaboración refinada, tanto estética como generadora de bienestar colectivo, para que así se pueda pronunciar, de manera genuina, la expresión de gratitud del salmista, “Gusten y vean que bueno es el Señor”.

En tercer lugar, como católico —una forma específica de practicar las doctrinas y las prácticas cristianas— he argumentado que las cuestiones alimentarias se relacionan íntimamente con la Eucaristía. Como comenta Claude Fischler, la vitalidad e intimidad del acto de comer se intensifican con el acto de ser alimentados en la mesa eucarística. La Eucaristía es primordialmente una acción alimentaria vital e íntima: el compartir kenótico de Dios como pan, la humanidad alivia el hambre participando en Dios a través del alimento y la bebida, una reescenificación colectiva de las antiguas narrativas cristianas de la Última Cena de Cristo, una celebración sacramental de gratitud a Dios realizada por una comunidad —el cuerpo de Cristo— reunida en presencia del Espíritu Santo, y así sucesivamente. Desde esta perspectiva “alimentaria”, la Eucaristía es el signo culinario en tanto don por excelencia, ya que es una acción que transfigura el hambre en saciedad y el individualismo en festejo colectivo, y que deifica a la humanidad con toda y la creación a través de escenificar el banquete cósmicodivino. Siendo paradigmática de un signo culinario, la Eucaristía representa múltiples traducciones que van de un signo a otro a tal grado que la ausencia de Cristo se traduce en presencia en los signos comestibles de pan y del vino que significan/simbolizan el cuerpo y la sangre de Cristo, que a su vez significan/simbolizan el cuerpo eclesial.

Aquí, coemergen signo/símbolo y cuerpo, haciendo del significado y de la significación, un acontecimiento doxológico y alimentario.

En este sentido, entonces, la Eucaristía es también intrínsecamente metaxológica, ya que es una representación extática de la intermediación entre Dios y la creación, entre trascendencia e inmanencia, entre palabra y acción, entre deseo y satisfacción, entre eros y ágape, entre uno mismo y el otro. Una reflexión sobre cuestiones alimentarias y la importancia que tienen nos permite ver con claridad la dimensión de la interdependencia existente entre todos los organismos vivos, y así tomar mayor conciencia de lo que sucede, en última instancia, en la representación eucarística, que es la escenificación de miríadas de interdependencias y del *metaxu* (intermediación).

El cuarto y último punto que deseo plantear es que los alimentos y la alimentación describen algo fundamental que se da en la Eucaristía, y la Eucaristía también describe algo fundamental que se da en los alimentos y la alimentación. He argumentado que ponerle atención más acuciosa al mensaje de la Eucaristía nos desafía a reorientar nuestros propios intercambios diarios de lo que Dios nos da, visto como el pan nuestro de todos los días. El banquete eucarístico hace que resulte evidente que los alimentos no deben ser un fetiche, sino que deben ser ofrendados primordialmente para alimentarnos física y espiritualmente. La Eucaristía nos narra la historia de “lo que se está cocinando” por medio de la *cáritas* divina, que es un espléndido banquete que nos invita a manifestar nutrimiento auténtico, y así nos permite avanzar hacia ser quien somos llamados a ser.

Alimentar implica ir más allá de uno mismo para responder al hambre del otro, y en este acto crear un espacio de verdadero *convivium* que revela nuevas capas de significado de uno mismo en tanto constituido por el otro. La palabra *convivium* —en español, *convivir*— es la doble noción de vivir con. Significa crear un espacio colectivo común, inaugurado por un gesto de hospitalidad que le ofrece nutrimiento al otro.² Al crear un espacio de convivencia, la alimentación escenifica una dinámica de intercambio de dones: consistente en dar, recibir y devolver el don en señal de gratitud, amistad y reciprocación. Si la alimentación hace que todo esto sea posible, con más razón el compartir eucarístico que revela el Ser como intrínsecamente relacional. Se cree en la Eucaristía como *sacrum convivium*: Dios ofrenda hospitalidad transformándose en alimento y coexistiendo con el otro. Esta acción eucarística divina-humana abre un tiempo y un espacio de discipulado en donde ya no haya hambre física ni espiritual.

Cuando veo las liturgias católicas y la vida real de los católicos, me duele reconocer lo lejos que estamos de la visión que plasmo en esta obra. Siento una gran desilusión parecida cuando observo los diarios intercambios de ali-

mento que realizamos, tanto a nivel local como global, incluyendo el trato devastador que le damos a nuestros recursos ecológicos. Sin embargo, también soy consciente que toda acción, y en especial toda acción eucarística, contiene en sí misma una abundancia de significados que va más allá de cualquier cálculo posible. Desde mi fe, creo que el dar de Dios de sí mismo reiteradamente, a pesar de nuestro rechazo e indiferencia, todavía manifiesta una forma de nutrimento, un testimonio de esperanza en la *cáritas* divina que debiera abrazar nuestra vida cotidiana. Puesto que la Eucaristía también narra un banquete escatológico, está eternamente abierta al misterio. La fe nos indica que el nutrimento de Dios es inagotable, que siempre hay más de Dios por degustar.

Reconozco, pues, que esta obra es sólo los prolegómenos a un discurso eucarístico abierto, una plegaria a Dios para que nos ofrezca el pan nuestro de cada día.